

Algunos problemas conceptuales en el estudio de los movimientos sociales

GERARDO L. MUNCK

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES, como un tipo de acción colectiva orientada hacia el cambio por una masa descentralizada encabezada, de una manera no jerárquica, por un actor social, han jugado un papel importante en la historia reciente. Han sido, también, un tópico importante de debate teórico. Después de 1968, surgieron dos escuelas en Estados Unidos y en Europa, cada una proponiendo contribuciones particulares al análisis de los movimientos sociales. Aunque estas dos escuelas, a partir de las nociones de estrategia e identidad, respectivamente, se han desarrollado en gran parte como si fuesen enfoques rivales, es posible verlas como contribuciones parciales y complementarias a la teorización de un mismo fenómeno. Este artículo, pues, presenta el argumento de que sólo a través de una síntesis de los elementos discutidos en ambas escuelas es posible avanzar en el análisis de todas las dimensiones clave de los movimientos sociales.

La necesidad de combinar las contribuciones de autores estadounidenses y europeos es particularmente crítica para la comprensión de los desafíos y dilemas asociados a la característica orientación hacia el cambio que define, en parte, a un movimiento social. Ésta es probablemente el área de investigación más subdesarrollada de la teoría de los movimientos sociales. Parte del problema es que los movimientos sociales contribuyen al cambio mediante sus incursiones en la arena político-institucional y a través de sus elaboraciones de una estrategia política; pero como los estudiosos de los movimientos sociales fueron atraídos originalmente a ellos porque, en parte, eran vistos como alternativas a formas más convencionales de hacer política, ha sido poco lo que se ha hecho para teorizar las conexiones entre los movimientos sociales y las instituciones políticas nacionales. Un problema más profundo, que ha emergido cuando los enlaces entre los movimientos sociales y la política más normal e institucionalizada han sido reconocidos, concierne a la incapacidad, tanto de los estadounidenses como de los europeos, para conceptualizar esta dimensión de los movimientos sociales dentro de los marcos teóricos que ambos han elaborado. Este artículo, pues, arguye que la forma en que los movimientos sociales se constituyen como desafíos para las formas convencionales de hacer política, y que los dilemas asociados con este papel, solamente pueden ser explicados adecuadamente a través de un marco teórico

que subraye la noción de movimientos sociales como actores estratégicos (algo recalcado en la bibliografía estadounidense), y a la vez, elabore una conceptualización de la acción estratégica a partir de la noción de identidad colectiva elaborada en la bibliografía europea sobre los movimientos sociales.

Se trata de contribuir a los esfuerzos actuales para desarrollar una teoría de los movimientos sociales tomando como punto de partida la bibliografía de Estados Unidos y Europa. Elaboro, primero, una reseña de los elementos fundamentales de los enfoques estadounidenses y europeos al estudio de los movimientos sociales, destacando las nociones de estrategia e identidad que cada escuela ha elaborado. En segundo lugar, considero la posibilidad de una convergencia entre los enfoques estadounidenses y europeos. Después de criticar uno de los intentos de síntesis más importantes, esbozo los tres problemas centrales que un estudioso de los movimientos sociales debe confrontar: los problemas de la formación de actores, la coordinación social y la estrategia política. Al definir la agenda global de la teoría de los movimientos sociales en estos términos, muestro que, a pesar de las contribuciones de los teóricos europeos a nuestro entendimiento del problema de la formación de actores y de los estadounidenses a nuestra comprensión del problema de la coordinación social, el problema de la estrategia política permanece fuera del alcance teórico de ambas escuelas. El último objetivo de este artículo, entonces, es demostrar que una síntesis superadora de las contribuciones de los estudiosos estadounidenses y europeos puede aportar los elementos necesarios para avanzar en nuestro análisis de la estrategia política que deben encarar los movimientos sociales.

I. DOS PERSPECTIVAS SOBRE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES: ESTRATEGIA E IDENTIDAD

El interés más reciente en los movimientos sociales surgió en el Norte paralelamente con la agitación social y política de la década de los años sesenta y principios de los setenta. Los movimientos sociales eran cautivantes para los estudiosos de esos días en tanto que representaban una alternativa a las formas más convencionales de hacer política. Parecían encarnar una política de movilización. La participación era un valor central, muchas veces por sí mismo, y el contraste con la política institucional era una fuente de esperanza. Los partidos políticos, por el contrario, eran vistos como algo dominado por la problemática micheliana de oligarquía y burocracia. Los movimientos sociales, con su energía y visión, parecían un escape a todo esto. Por lo tanto, para los intelectuales y académicos que simpatizaban con las causas progresistas, el poder de este atractivo estaba destinado a ser importante. Una creciente conciencia de las realidades del estalinismo había generado una reevaluación particularmente fuerte de "lo privado", mientras que una creciente preocupación con los problemas de la autonomía y la identidad había llevado a una reexaminación del modelo leninista del partido de vanguardia. Los movimientos sociales que emergían en esos días, al escapar de estos viejos modelos, eran un vehículo descontaminado para hacer política por otros medios.

El debate teórico sobre este nuevo fenómeno social avanzó dentro de dos tradiciones intelectuales distintas; se generaron dos enfoques contrastantes: el estadounidense, que privilegiaba la noción de estrategia, y el europeo, que subrayaba la noción de identidad.¹ La distinción entre el enfoque estadounidense y el europeo, vale señalar, tenía su raíz en un cuerpo bibliográfico que iba mucho más allá de las discusiones sobre los movimientos sociales y que reflejaba los debates contemporáneos sobre la relación entre agencia y estructura, y la conexión entre niveles micro y macro de análisis. Por lo tanto, al distinguir entre la bibliografía sobre los movimientos sociales que se originó en Estados Unidos y en Europa, son necesarias algunas referencias breves a las distintas formas en que las dos escuelas conceptualizaron el problema de la acción colectiva.

a) La noción estadounidense de estrategia: una perspectiva centrada en actores

La bibliografía estadounidense sobre movimientos sociales articuló la noción de estrategia a través de los escritos de teóricos de la “movilización de recursos”, que extendían a los movimientos sociales en términos del problema de la acción colectiva propuesta por la teoría de la elección racional (Klandermans y Tarrow, 1988:4-7; Cohen, 1985:674-90; Birnbaum, 1988:17-36). La influencia de Mancur Olson, que había conceptualizado el cálculo estratégico como el implacable cálculo de individuos “racionales” movidos por el interés propio, siempre expuesto al problema del *free-rider*, era evidente (Olson, 1965).² La acción colectiva era posible solamente cuando había los incentivos correctos y cuando se daban pasos claros para evitar el problema del *free-rider*. Ciertamente, Olson fue criticado, en particular a través de argumentos que mostraban que los costos de la participación podían ser reducidos; pero esta crítica no salió de los límites de la problemática olsoniana. Aunque los individuos eran vistos respondiendo a distintos incentivos, que Olson no había acentuado, la emergencia de los movimientos sociales estaba todavía conceptualizada en función de los obstáculos a la participación individual en acciones colectivas. En resumen, los movimientos sociales

¹ Esta distinción es elaborada por Jean Cohen, y es generalmente aceptada por la mayoría de los reseñadores de la bibliografía sobre movimientos sociales, que contrastan el enfoque de la “movilización de recursos” y el de los “nuevos movimientos sociales” en términos de las nociones de estrategia e identidad, respectivamente (Cohen, 1985). El primer enfoque se originó en Estados Unidos y está asociado con el trabajo de Anthony Oberschall, John McCarthy y Mayer Zald, mientras que el trabajo de Charles Tilly representa una versión más extensa de esta teoría de la “movilización de recursos”. El segundo enfoque, de los “nuevos movimientos sociales”, fue desarrollado por teóricos europeos y sus distintas corrientes están ligadas a los nombres de Alain Touraine, Claus Offe, Francesco Alberoni y Alberto Melucci. Hay, probablemente, más variedad en las ideas propuestas por autores europeos que entre los autores estadounidenses. Por lo tanto, al referirme al trabajo de los europeos sobre los movimientos sociales, destaco particularmente la obra de Touraine y Alberoni. Para una discusión completa de la variedad de argumentos propuestos por los autores europeos, véase la reseña monográfica de Rucht (1991).

² El problema del *free-rider*, literalmente “el que viaja gratis”, se refiere a la situación en la cual un individuo puede gozar de ciertos beneficios que son accesibles a una comunidad entera sin que él haya pagado por, o contribuido a, la producción de tal bien común.

eran estudiados en términos de los individuos que estratégicamente comparaban los costos y los beneficios de su participación en la acción colectiva.³

Si la teoría sobre los movimientos sociales era presentada por la escuela de la “movilización de recursos” como la búsqueda del fundamento a nivel micro de un fenómeno macro, algunas contribuciones de los estudiosos de los movimientos sociales estadounidenses se apartaban bastante de esta formulación. Sidney Tarrow, en particular, ha hecho una vasta crítica del trabajo de los teóricos de la “movilización de recursos” durante las décadas de los años setenta y ochenta, señalando su descuido al no reconocer el tipo de acción colectiva particular asociada a los movimientos sociales y el singular problema de acción colectiva que confrontan los movimientos sociales. Los teóricos de la “movilización de recursos” habían aplicado la teoría de Olson, derivada del estudio de los grupos de presión [*interest groups*], a un fenómeno que no podía entenderse en los mismos términos que un grupo de presión (Tarrow, 1994:2-3, 14-16). En una desviación, que claramente rompe con la problemática olsoniana, Tarrow sugiere entonces que el problema de la acción colectiva que encaran los movimientos sociales es “social” y no “individual”, pues gira sobre “la coordinación de la acción colectiva necesaria para resolver el problema de los costos de transacción [*transaction cost problem*]” (Tarrow, 1994:23, 27). En otras palabras, el problema no es tanto el de superar los costos individuales a la participación en acciones colectivas, sino el de conseguir que los individuos que ya forman diferentes grupos y organizaciones actúen de manera ininterrumpida por un fin común. El estudio de los movimientos sociales, por lo tanto, se centra en la tarea de descifrar cómo los organizadores de los movimientos sociales usan una serie de recursos para solucionar este problema de la coordinación social.

Aunque el trabajo reciente de Tarrow representa un avance considerable para los trabajos de la escuela de la “movilización de recursos”, es importante recalcar que debe ser situado todavía dentro de una tradición estadounidense que analiza los movimientos sociales especialmente en los términos de la noción de estrategia. Si bien el análisis de Tarrow rompe con la inclinación olsoniana de la escuela de la “movilización de recursos”, su marco conceptual todavía se centra en los actores y su argumento entero gira en torno del problema estratégico de ir “desde aquí hasta allá”. Su teoría de los movimientos sociales es esencialmente una ex-

³ Los trabajos de McCarthy, Zald y Oberschall, en particular, se ajustan a esta caracterización (Zald y McCarthy, 1979; Zald y McCarthy, 1987; Oberschall, 1973). Este artículo, sin embargo, no intenta dar la impresión de que los teóricos de la “movilización de recursos” solamente estudiaban el problema del *free-ridery* y el dilema del prisionero. Otros factores decisivos destacados por estos autores, como la importancia de la organización como un recurso colectivo y la variable sociopsicológica de la expectativa de éxito, no han sido tocados aquí. El propósito de la discusión en esta sección no es aportar un resumen que abarque los distintos enfoques de la bibliografía sobre movimientos sociales, algo que otros han hecho (Cohen, 1985; Tarrow, 1988; Klandermans y Tarrow, 1988; McAdam, McCarthy y Zald, 1988; Scott, 1990; Rucht, 1991), sino, más bien, comparar a las dos escuelas más importantes en los conceptos que más afectan su comprensión de los movimientos sociales en tanto formas de acción colectiva.

plicación de la variedad de “recursos exteriores” que los organizadores o líderes de los movimientos sociales usan para construir un movimiento.

b) La noción europea de identidad colectiva: la constitución estructural de actores

Comparados con los investigadores estadounidenses, los estudiosos de los movimientos sociales en Europa continental favorecían un estilo de análisis muy diferente. En Europa, el resurgimiento del interés en los movimientos sociales estaba ligado al análisis en términos de clases sociales, que por entonces empezaba a ser criticado, así como los movimientos sociales criticaban a los partidos políticos, por ser demasiado convencionales y anticuados. El análisis clasista había llegado a un *impasse*. Muchos de los conflictos que surgían en la sociedad parecían inexplicables en términos clasistas tradicionales, y una parte importante de la izquierda empezó a abandonar una serie de principios marxistas hasta entonces fielmente defendidos.⁴ En contraste con la bibliografía estadounidense, sin embargo, la manera en que los teóricos europeos explicaban el fenómeno de los movimientos sociales dejaba de lado una concepción que los veía como actores estratégicos.

Reflejando sus raíces en un análisis estructural de clase, los teóricos europeos de los movimientos sociales, en contraste con sus contrapartes estadounidenses, típicamente empezaban su análisis con la noción más estructural de identidad colectiva, o simplemente de identidad. Como escribe Alain Touraine, “el análisis entero empieza con las relaciones sociales, y no con los actores” de tal forma que “la identidad del actor no puede ser definida independientemente del conflicto real con el adversario ni del reconocimiento de la meta de la lucha” (Touraine, 1977:312, 344; Touraine, 1988:49). La identidad de un movimiento social, pues, se constituye dentro de la estructura de conflicto de una sociedad particular. En los casos específicos que proveyeron referentes empíricos para la teoría de los movimientos sociales de los europeos, por ejemplo, los “nuevos” movimientos sociales, eran vistos como actores que expresaban la estructura de conflicto de la emergente sociedad post-industrial.⁵

⁴ La continua pertinencia para el estudio de los movimientos sociales de la noción de clase, cuando ésta es conectada con la noción de actores más que con situaciones objetivas, sin embargo, es un punto destacado por Alain Touraine (Touraine, 1977:130-31, 137-39, 166, 298, 317; Touraine, 1988:55, 58, 41-42, 68-69). La conexión entre el análisis de clase y la teoría de los movimientos sociales es muy explícita en el trabajo de Touraine, y está presente también en los trabajos de Manuel Castells y Klaus Eder (Castells, 1977; Castells, 1978; Eder, 1993). Para una discusión amplia de la conexión entre el análisis de clase y la teoría de los movimientos sociales, véase Steinmetz (1994).

⁵ Hay un debate entre los teóricos europeos acerca de cómo concebir la estructura de conflicto de una sociedad. Touraine argumenta que cada tipo de sociedad tiene un conflicto central. El término “movimiento social” no es usado, pues, “para indicar cualquier tipo de fuerza para el cambio o para la acción colectiva” sino más bien para los “conflictos verdaderamente centrales, aquellos que ponen en cuestión el control social de la historicidad, de los modelos para la elaboración de las relaciones entre una sociedad y sus contornos” (Touraine, 1988:26). Esta posición es criticada, sin embargo, por autores como Melucci y Cohen, quienes quieren reconocer una pluralidad de conflictos y, por lo tanto, una pluralidad de movimientos sociales dentro de una sociedad (Melucci, 1989:202-03; Cohen, 1982:214-28).

La importancia atribuida a una forma estructural de análisis no significa que los teóricos europeos conciban los movimientos sociales como procesos sin actores. En realidad, uno de los rasgos distintivos de la teorización europea sobre los movimientos sociales era el esfuerzo explícito por romper con el estructuralismo común al análisis marxista de clase. Los movimientos sociales eran definidos como un tipo de acción colectiva, lo que necesariamente suponía la existencia de un actor. Así es que los teóricos europeos, como sus contrapartes estadounidenses, discutían los desafíos que enfrentaban los organizadores de los movimientos sociales (Alberoni, 1991:212-16, 283-90; Touraine, 1988:capítulo 7). Pero esta discusión acerca de los actores y sus estrategias no se lleva a cabo, como en la bibliografía estadounidense, desde la perspectiva del actor. Más bien, tratando de evitar la disociación del análisis de la estructura y de la acción, un punto destacado por Touraine, la discusión de los actores se realiza a partir de la noción de identidad colectiva (Touraine, 1977:317). Tal análisis, por lo tanto, pone el acento en el sentido en que estos actores están estructuralmente constituidos y deben ser entendidos, en primer lugar, en términos de la estructura de conflicto de la sociedad, y en segundo, en términos de las estrategias que estos actores escogen.

c) Hacia una síntesis: los términos de un debate trasatlántico

El desarrollo simultáneo de estas dos escuelas de pensamiento sobre los movimientos sociales ha llevado a algunos autores a preguntarse acerca de la naturaleza complementaria de las contribuciones estadounidenses y europeas al estudio de los movimientos sociales y de la posibilidad de una síntesis. Tarrow señala que el modelo del “proceso político” que él y otros autores han elaborado representa una convergencia entre los enfoques estadounidenses y europeos (Tarrow, 1988). Esta afirmación, sin embargo, está basada en una lectura particular de la crítica que los europeos han hecho de la bibliografía estadounidense. Es decir, de acuerdo con Tarrow, la crítica europea gira en torno de la aplicación de la teoría individualista de Olson, basada en el estudio de los grupos de presión, a los movimientos sociales. Por consiguiente, la ruptura de Tarrow con la problemática olsoniana es presentada como el paso que resuelve las diferencias que han separado a los autores estadounidenses de los europeos. Pero, como fue indicado en la discusión anterior sobre el trabajo de Tarrow, su obra reciente no representa una ruptura con una perspectiva centrada en actores ni resuelve las diferencias entre el pensamiento de los estadounidenses, orientado hacia la noción de estrategia, y el pensamiento de los europeos, arraigado en la noción de identidad colectiva.⁶

⁶ La disputa entre los autores estadounidenses y europeos, en otras palabras, no ha sido sólo acerca de cómo conceptualizar la conexión entre niveles micro y macro, y entre individuo y grupo, como insinúa Tarrow, sino también acerca de cómo conceptualizar la conexión entre estructura y acción, o estructura y agentes (Tarrow, 1994:222). La reserva hacia la noción de identidad colectiva que aún existe entre estudiosos de los movimientos sociales estadounidenses es bien expresada por Elster, quien se muestra “escéptico hacia el valor explicativo del concepto de identidad colectiva” porque “es bastante evasivo” y “difícil de evaluar” (Elster, 1989:140, 168).

La crítica corriente que la bibliografía europea ofrece de una perspectiva centrada en los actores sigue siendo válida. Los análisis centrados en los actores son, en el mejor de los casos, incompletos, porque no pueden dar cuenta de las preferencias de los actores estratégicos. Éste no es un problema leve, ya que a los organizadores de los movimientos sociales, como actores estratégicos, se les asigna un papel fundamental en la bibliografía estadounidense, en que son de algún modo la verdadera fuente de los movimientos sociales.⁷ Es todavía más grave que los análisis centrados en actores sean propensos al voluntarismo. El problema es que, sin un sentido claro de la manera en que los actores están constituidos estructuralmente y arraigados en los conflictos que expresan, no hay nada que ancle el análisis estratégico. Al adoptar la perspectiva de los actores, por lo tanto, el analista de los movimientos sociales tiende simplemente a reproducir en vez de verificar la proclividad de los líderes de los movimientos sociales a exagerar su protagonismo.

El fracaso del intento estadounidense por producir una síntesis no debe ser visto como el resultado de una incompatibilidad fundamental entre las contribuciones hechas por los estudiosos estadounidenses y los europeos de los movimientos sociales. La lección, más bien, es que el intento de síntesis de Tarrow fracasa porque la síntesis propuesta está formulada con base en los términos formulados en la bibliografía estadounidense, y no hace nada para evitar los límites de una perspectiva centrada en los actores. La posibilidad de elaborar una síntesis conceptual tomando la preocupación de los europeos por la identidad colectiva como punto de partida queda, pues, abierta. La vía más promisoría para considerar las dimensiones de identidad y estrategia de un movimiento social conjuntamente se encuentra en los términos elaborados por los europeos. Porque la noción europea de identidad colectiva no sólo no excluye un análisis de actores estratégicos, sino que provee los elementos necesarios para conceptualizar correctamente el problema de las estrategias; ésta constituye, en suma, la base desde la cual se puede comenzar un verdadero debate trasatlántico entre las dos principales escuelas de estudio de los movimientos sociales.

⁷ En este sentido, el análisis estadounidense de los movimientos sociales se asemeja al análisis que propone la teoría de los juegos [*game theory*], que “toma las preferencias [de los actores] como datos o supuestos y no tiene nada que ofrecer con respecto de la formación de preferencias” (Elster, 1982:480). Ésta es una limitación importante, como señalan Berger y Offe, porque “lógicamente, el juego [propuesto por la teoría de los juegos] comienza hasta después de que los actores han sido constituidos”, por lo cual “el orden de preferencias de los actores se forma como resultado de procesos que no pueden ser considerados parte del juego” (Berger y Offe, 1982:525). En otras palabras, una explicación completa de la acción colectiva tiene que ir más allá del marco conceptual propuesto por la teoría de los juegos y por la teoría de la elección racional.

II. BLOQUES FUNDACIONALES DE UNA TEORÍA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES: FORMACIÓN DE ACTORES, COORDINACIÓN SOCIAL Y ESTRATEGIA POLÍTICA

Una síntesis de la bibliografía estadounidense y europea sobre movimientos sociales puede ser organizada alrededor de los tres problemas centrales que un estudioso de los movimientos sociales debe confrontar: la formación de actores, la coordinación social, y la estrategia política. La importancia de abordar estos tres problemas es doble. Por un lado, están directamente ligados a la definición de movimiento social como un tipo de acción colectiva orientada hacia el cambio por una masa descentralizada o grupo de personas encabezadas de manera no jerárquica por un actor social. Esto es, mientras que el problema de la formación de actores atañe a la emergencia de los fundadores u organizadores de un movimiento social, o, en otras palabras, el actor social que organiza y orienta al movimiento social, el problema de la coordinación social tiene que ver con la constitución de un movimiento social como movimiento, o el desafío de organizar a una masa descentralizada o a un grupo de personas de un manera no jerárquica; y el problema de la estrategia política está ligado con la orientación hacia el cambio de un movimiento social. Por lo tanto, una explicación de estos tres problemas constituye conjuntamente la explicación completa de un movimiento social. Por otra parte, es útil abordar separadamente estos tres problemas porque cada uno suscita un desafío analítico distinto, que puede ser elaborado separadamente y visto como bloque fundacional de una teoría abarcadora de los movimientos sociales.

Una vez definida la agenda para la teoría de los movimientos sociales en estos términos, hay dos sentidos en que una teoría abarcadora de éstos debe formularse a partir de las escuelas estadounidense y europea de análisis. Primero, obviamente, hay un sentido en el cual una explicación completa debe incorporar las intuiciones parciales que la bibliografía estadounidense y europea ha generado. Es lo que ocurre con el trabajo de autores europeos sobre el problema de la formación de actores, y de autores estadounidenses sobre el problema de la coordinación social. Estos trabajos pueden ser vistos como contribuciones complementarias que aportan los dos primeros bloques fundacionales de la teoría de los movimientos sociales. Sin embargo, hay un sentido más significativo en el cual el clivaje entre las escuelas estadounidense y europea debe ser trascendido para que pueda ser elaborada una teoría abarcadora de los movimientos sociales. Ciertos problemas no han sido adecuadamente abordados ni por los estadounidenses ni por los europeos, y no pueden ser adecuadamente abordados si no generamos nuevas intuiciones teóricas a partir de una verdadera síntesis de esos enfoques. Tal es el caso del problema de la estrategia política que confrontan los movimientos sociales, y que sigue siendo la brecha más significativa en los esfuerzos corrientes por elaborar una teoría de los movimientos sociales.

a) *La emergencia de los fundadores de los movimientos sociales:
el problema de la formación de actores*

La emergencia de los fundadores de un movimiento social es, en términos analíticos, el punto de partida para el análisis de los movimientos sociales, porque sus fundadores son, literalmente, el actor social que organiza a la masa descentralizada que constituye la base de un movimiento social y lo orienta hacia el cambio; en este papel, constituye su centro o núcleo. El papel central de los fundadores de un movimiento social también es ampliamente reconocido en la bibliografía. Así ocurre con la bibliografía estadounidense, que literalmente gira en torno de lo que Tarrow llama los “organizadores de un movimiento social” o, más pintorescamente, la “gente que se atreve” (Tarrow, 1994:23; 1989:5-8); pero también con la europea. Si en la superficie de las cosas, los analistas europeos no le dan a los fundadores de un movimiento social un papel tan preponderante como sus contrapartes estadounidenses, la centralidad de los actores para un movimiento social es acentuada por autores como Touraine, quien señala que éste es un tipo de acción colectiva y que “cualquier tipo de acción colectiva presupone la existencia de un actor” (Touraine, 1977:299, 329), y Francesco Alberoni, quien destaca el papel de las “élites creativas” y los “líderes” de un movimiento social (Alberoni, 1991:283-86, 217, 223-27).

La diferencia entre la bibliografía estadounidense y la europea no radica en que una favorezca a los actores mientras que la otra describe un proceso sin actores. La diferencia es, más bien, que mientras el enfoque estadounidense, centrado en el actor, toma a los fundadores de un movimiento social como un supuesto, los europeos insisten en que el análisis no debe comenzar con los actores, pero sí, en cambio, con una explicación de la emergencia de estos actores. Irónicamente, a pesar de la centralidad dada a los actores en la bibliografía estadounidense, ésta no tiene nada sustantivo que decir acerca de su origen. Desde una perspectiva centrada en los actores, la bibliografía estadounidense está incapacitada para conceptualizar y explicar la formación de los actores en términos del actor mismo. Es solamente con base en la bibliografía europea, por lo tanto, que este problema puede ser abordado.

Para resumir una discusión compleja en forma muy breve, los teóricos europeos han analizado la emergencia de los fundadores de un movimiento social en los términos de la experiencia compartida que tiene un grupo de personas, en el contexto de una crisis estructural, que los lleva a ver que “las cosas podrían ser diferentes”. Los fundadores de un movimiento social emergen, pues, dentro de la estructura del viejo orden como portadores de la visión de un nuevo orden y, en este sentido, la experiencia compartida que constituye al grupo como tal no ocurre en un vacío, sino tanto dentro como en conflicto con un orden estructuralmente definido (Alberoni, 1991:95, capítulo 2).

Hay dos implicaciones clave que se desprenden de esta conceptualización del proceso de formación de actores: por un lado, afecta la forma en que pensamos acerca de las de identidades colectivas. Porque en la emergencia de los fundado-

res de un movimiento social, que representa el verdadero nacimiento de un movimiento social, está una experiencia compartida de la posibilidad de que las cosas sean diferentes; esta visión de un nuevo orden está presente en los fundadores de un movimiento social desde el mismísimo principio. En otras palabras, un movimiento social nace con una identidad colectiva.⁸ Por otra parte, de esta conceptualización se desprende que se debe dar una explicación de la emergencia de los fundadores de un movimiento social en términos de la estructura de conflicto de una sociedad particular. Por esto, los estudiosos europeos de los movimientos sociales han incorporado a su análisis varias teorías que dan cuenta de la estructura de los conflictos sociales, tal como la teoría de la sociedad postindustrial de Touraine, o la teoría francesa de la regulación, para explicar la emergencia y la propia identidad de los actores de los movimientos sociales.⁹

b) La constitución de un movimiento social como movimiento:

el problema de la coordinación social

Si bien la emergencia de los fundadores de un movimiento social es un elemento decisivo, dado que son los actores sociales los que deben encabezar al movimiento, su surgimiento no garantiza por sí sólo su desarrollo pleno. Como fue indicado anteriormente, hay dos problemas más: constitución de un movimiento social como tal y la orientación hacia el cambio. Estos dos problemas, como preocupaciones que empiezan a ser pertinentes después de que los fundadores de un movimiento social han surgido y que aparecen como desafíos que deben ser confrontados por ellos, suscitan problemas analíticos distintos de los que atañen al proceso de formación de actores. Significativamente, como los actores y sus estrategias desempeñan un papel central en el análisis de estos dos problemas, la bibliografía estadounidense, al destacar a los líderes de los movimientos sociales, es más directamente pertinente.

La contribución de la bibliografía estadounidense es particularmente pertinente al análisis del proceso mediante el cual un movimiento social es constituido como movimiento, es decir, el proceso mediante el cual sus fundadores coordinan, en una manera no jerárquica, a una masa descentralizada o un grupo de personas. Este proceso suscita un desafío distintivo. Como señala Tarrow en la presentación más clara del problema, como los fundadores de un movimiento social no tienen

⁸ Entre los autores europeos que usan el concepto de identidad colectiva, Melucci es el que más se aproxima a una perspectiva centrada en los actores, y ve la identidad colectiva de un movimiento social como algo construido por los organizadores o fundadores (Melucci, 1988:330-31, 339-42).

⁹ Touraine ha situado su análisis de los movimientos sociales dentro de su teoría de tipos de sociedad (Touraine, 1977:92-100). Como muestra Steinmetz, la teoría francesa de la regulación ha sido usada por varios autores alemanes que señalan que los "nuevos" movimientos sociales son "una respuesta a las contradicciones y la crisis del modo de regulación fordista" (Steinmetz, 1994:191-92). Como señala, más genéricamente, Alberoni, dada una teoría particular de la estructura de los conflictos sociales, es probable que los fundadores de un movimiento social surjan no de los grupos marginados, sino más bien de aquellos grupos que sienten las contradicciones del orden vigente más directa y más profundamente, al estar de algún modo dentro del sistema, pero sin beneficiarse de él como esperaban (Alberoni, 1991:69-73). Para un análisis similar, véase Unger (1987: 548-50).

la capacidad de controlar a sus seguidores por medio de sanciones obligatorias, deben dar coherencia a un movimiento y coordinar las acciones por otros medios (Tarrow, 1994:16-17, 189). Gran parte del esfuerzo de Tarrow, basado en el trabajo de varios estudiosos estadounidenses de los movimientos sociales, se ha concentrado en mostrar cómo los fundadores de éstos encaran el problema de la coordinación social mediante “otros medios”, y construir una explicación alrededor de recursos tales como los repertorios de contención o disputa, las redes sociales y los marcos culturales [*cultural frames*] que los fundadores de los movimientos sociales tienen a su disposición (Tarrow, 1994:16-23, capítulos 6, 7, y 8).¹⁰ Esta contribución de los autores estadounidenses a nuestro entendimiento de la coordinación social, un problema que los principales autores europeos han ignorado en su mayor parte, es ciertamente valiosa. Si bien el análisis que los europeos ofrecen del problema de la formación de actores provee un bloque fundacional de una teoría abarcadora de los movimientos sociales, el análisis de los estadounidenses de la coordinación social es una contribución fundamental que esclarece un segundo bloque fundacional de tal teoría.¹¹

¹⁰ Tarrow se refiere también a la “estructura de oportunidad política” como un recurso que los fundadores de movimientos sociales pueden usar (Tarrow, 1994:17-18). Como señalo más adelante, la naturaleza de este factor difiere de la naturaleza de los otros tres. En términos de los tres problemas centrales que un estudioso de los movimientos sociales debe confrontar, mi argumento es que mientras que los repertorios de disputa, las redes sociales, y los marcos culturales están ligados a la habilidad de los fundadores de movimientos sociales, la estructura de oportunidad política afecta la estrategia política y no debe ser visto, por lo tanto, como un factor que ilumina el problema de la coordinación social.

¹¹ Esto es reconocido por varios autores (Melucci, 1989:21-22; Scott, 1990:68-69, capítulo 5; Tarrow, 1991:395; Steinmetz, 1994:195-96). Melucci también señala, al referirse a los enfoques estadounidenses y europeos, que “las dos perspectivas no son incompatibles” y que, aunque han sido vistas equivocadamente como teorías abarcadoras de los movimientos sociales, “cada una es legítima dentro de sus propios parámetros” (Melucci, 1989:22). Este artículo adopta una posición similar, pero es necesario destacar un par de puntos. Primero, hay un sentido en que la bibliografía estadounidense, al tomar a los fundadores de un movimiento social como un supuesto, es propensa a los argumentos voluntaristas. Si bien Tarrow no se equivoca al ver a los movimientos sociales como si fuesen “construidos” por sus fundadores, la falta de atención al proceso mediante el cual surgen estos fundadores introduce un poco de confusión (Tarrow, 1994:17). Como fue discutido anteriormente, hay una idea muy clara según la cual un movimiento social nace con la emergencia de sus fundadores, quienes son portadores de la visión del movimiento. Pero este aspecto se pierde cuando los movimientos sociales son estudiados desde la perspectiva del actor. Este punto puede ser ilustrado con referencia a los marcos culturales o la ideología de un movimiento. Aunque los fundadores de los movimientos sociales desempeñan un papel activo en la definición de la ideología de un movimiento, es importante no olvidar que la producción ideológica ocurre después de que éstos, como portadores de la identidad colectiva del movimiento, han surgido (Alberoni, 1991:197, 201, 226, 283-86). Pero tanto Melucci como Tarrow invierten el orden de los eventos, al indicar que la producción ideológica define de por sí la identidad colectiva del movimiento (Melucci, 1988:330-31, 339-42; Tarrow, 1991:412-13). Este primer punto, sin embargo, es relativamente menor, pues gira en torno a la necesidad de clarificar la conexión entre el problema de la formación de actores y el problema de la coordinación social en lugar de requerir una modificación sustancial de la contribución estadounidense al problema de la coordinación social. Un segundo y más importante punto concierne a la extensión del argumento de Melucci sobre la posibilidad simplemente de “sumar” las intuiciones teóricas generadas por los autores estadounidenses y europeos al tercer problema que debe abordar una teoría abarcadora de los movimientos sociales: el problema de la estrategia política. Aunque este artículo ha indicado que las contribuciones de los autores estadounidenses y europeos aportan, sin necesidad de mucha elabora-

*c) La orientación hacia el cambio de los movimientos sociales:
el problema de la estrategia política*

No obstante las contribuciones de la bibliografía estadounidense a nuestra comprensión del problema de la coordinación social, hay todavía una limitación decisiva en la manera en que ha conceptualizado el desafío que confrontan los fundadores de movimientos sociales. Si bien destaca el hecho de que los movimientos sociales son algo más que organizaciones, sin embargo no ha dado cuenta de cómo tienen que manejar los fundadores las relaciones con las instituciones políticas nacionales con las que entra en contacto dada la orientación hacia el cambio de los movimientos sociales. La naturaleza de este desafío es bastante singular. A diferencia del desafío de construir un movimiento a partir de una masa descentralizada y organizada en forma no jerárquica, una tarea que gira en torno a la capacidad para coordinar las acciones de los seguidores, la orientación hacia el cambio crea un desafío que pone a prueba la habilidad de los fundadores para relacionarse estratégicamente, como actores sociales, con una arena político-institucional. Además del problema de la coordinación social, pues, los fundadores de movimientos sociales deben confrontar el distinto y singular problema de la estrategia política.

Ni la literatura estadounidense ni la europea han considerado los aspectos singulares de este tema. Aunque las dos escuelas aportan algunos indicios para esta tarea teórica, sufren de graves deficiencias que impiden un entendimiento adecuado del problema de la estrategia política.

Los teóricos europeos han subrayado, correctamente, dos factores. Por un lado, han hecho hincapié en la especificidad de los movimientos sociales en términos de su identidad característicamente social. En los argumentos que presentan sobre la formación de actores, describen a los fundadores de los movimientos sociales cuando están surgiendo, y el movimiento cuando se va formando dentro de una arena social. Alberoni describe al proceso de la formación de actores como algo esencialmente "pre-político" (Alberoni, 1991:92), y Touraine señala que los movimientos sociales sólo pueden surgir dentro de un campo de relaciones sociales que posee su propia dinámica, es decir, una dinámica que es autónoma de la arena político-institucional (Touraine, 1977:335-36; Touraine, 1988:151). Los movimientos sociales son vistos, en suma, como constituidos dentro de la sociedad civil. Por otra parte, han subrayado, correctamente, la importancia de la identidad colectiva de los movimientos sociales y las implicaciones de esta noción de identidad colectiva para un análisis de las acciones estratégicas. No obstante, la contribución de los europeos al entendimiento del problema de la estrategia política ha sido bastante reducida, porque han tendido a destacar los objetivos so-

ción, los dos primeros bloques fundacionales de la teoría de los movimientos sociales, no se puede aplicar la misma lógica al análisis del tercer bloque fundacional de esta teoría. En este caso, una explicación adecuada sólo puede ser elaborada si rompemos con los parámetros del pensamiento estadounidense y europeo sobre los movimientos sociales y sintetizamos, en lugar de sumar, distintos aspectos de estas literaturas.

ciales y culturales de los movimientos sociales, mostrando menos preocupación por entender su relación con la arena político-institucional (Scott, 1990:16-19; Melucci, 1989:3, 7, 23, 43-44; Kuechler y Dalton, 1990:287). Han hecho relativamente poco, por lo tanto, para entender a los movimientos sociales en tanto son encabezados por un actor social que actúa estratégicamente en la arena político-institucional.

La bibliografía estadounidense, en cambio, se ha concentrado explícitamente en los objetivos político-institucionales de los movimientos sociales y ha considerado bastante extensivamente la relación entre éstos y las instituciones políticas (Tilly, 1978; Tarrow, 1994:capítulo 10). Sin embargo, esta bibliografía no puede reconocer la especificidad del desafío político-estratégico que confrontan los fundadores de los movimientos sociales. Su primera limitación es la falta de claridad con respecto a la dimensión propiamente social de los movimientos sociales. El problema puede ser visto, por ejemplo, en el trabajo de Tarrow, un autor que es cuidadoso en señalar un componente social en los movimientos sociales, pero que define “lo social” en oposición a “lo individual”, pero no en oposición a una arena político-institucional (Tarrow, 1994:16). Como resultado, es incapaz de distinguir entre los dos distintos desafíos que confrontan los fundadores de movimientos sociales: el de la coordinación social y el de las consideraciones político-estratégicas. La explicación de Tarrow, no puede distinguir el singular problema estratégico ligado a la relación entre un movimiento social y la arena político-institucional, que él concibe en términos de la noción de “estructura de oportunidad política”, como un recurso exterior más que —junto con los repertorios de disputa, las redes sociales y los marcos culturales— los organizados pueden usar para resolver el problema de la coordinación social (Tarrow, 1994:17-23).¹² La perspectiva estadounidense, centrada en el actor, no puede distinguir el singular desafío que confronta un movimiento social en su relación con la arena político-institucional, y confunde así las consideraciones estratégicas pertinentes al problema de la coordinación social con las consideraciones político-estratégicas ligadas a la orientación hacia el cambio de los movimientos sociales.

La segunda limitación es la falta de claridad respecto de la conceptualización de los movimientos sociales en tanto actores estratégicos. El problema es que los cálculos estratégicos presuponen una definición de ciertos fines u objetivos, por lo cual es solamente sobre la base de una noción como la identidad colectiva de los actores que tiene sentido una discusión de estrategias. Como escribe Alessandro Pizzorno, las explicaciones en términos de cálculos estratégicos requieren atención previa al proceso de formación de identidades colectivas, porque para

¹² Como varias contribuciones recientes lo demuestran, el concepto de “estructura de oportunidad política” es muy útil para identificar las opciones político-estratégicas que confrontan los líderes de movimientos sociales y debería, por lo tanto, desempeñar un papel central en el análisis del problema de la estrategia política. El trabajo de Tarrow sobre este concepto, pues, es una contribución importante a la teoría de los movimientos sociales (Tarrow, 1989:32-38, 82-89; Tarrow, 1994:17-18, capítulos 4 y 5).

“evaluar intereses —es decir, para calcular costos y beneficios— el actor calculador tiene que tener garantizada una *colectividad identificadora*” (Pizzorno, 1985:57). Una discusión sobre los movimientos sociales como actores estratégicos debe, por lo tanto, anclar la consideración de los asuntos estratégicos en la noción de identidad colectiva, que establece la irreductibilidad de medios y fines o, para ponerlo en otras palabras, que establece que la tendencia de los líderes de los movimientos sociales a actuar estratégicamente y a negociar nunca puede invalidar un dato fundamental: que el tipo de acción colectiva que define a los movimientos sociales no puede ser analizado solamente en términos del cálculo de costos y beneficios o de una racionalidad instrumental (Offe, 1985; Touraine, 1988:68; Melucci, 1988:343; Melucci, 1989:35). El rechazo de la noción de identidad colectiva por parte de los autores estadounidenses los lleva pues a pasar por alto este punto fundamental.

Por consiguiente, si la insistencia en los líderes de los movimientos sociales parecería indicar su pertinencia desde el punto de vista del problema de la estrategia política, los límites de una perspectiva centrada en el actor impiden una clara conceptualización de un problema que va al corazón de la orientación hacia el cambio de los movimientos sociales. Esta tarea sólo puede ser completada, por lo tanto, a través de una síntesis que se basa en, pero que también va más allá de la conceptualización europea de los movimientos sociales como constituidos en la sociedad civil e investidos de una identidad colectiva. En resumen, si los autores europeos iluminan el problema de la formación de actores y los autores estadounidense hacen lo mismo con el problema de la coordinación social, el problema de la estrategia política solamente puede ser abordado por medio de nuevas intuiciones generadas a través de una combinación de factores extraídos de estas dos escuelas.

III. EL PROBLEMA DE LA ESTRATEGIA POLÍTICA: ESBOZO DE ANÁLISIS

Dada la centralidad del problema de la estrategia política en una teoría abarcadora de los movimientos sociales, y la relativa falta de atención que este problema ha recibido (ver, sin embargo, Touraine, 1977:336-73; Offe, 1987; Scott, 1990: capítulo 6; Dalton y Kuechler, 1990), el resto de este artículo confronta la tarea de esbozar un análisis de este problema. La cuestión de la acción estratégica es discutida primero desde la perspectiva de la orientación hacia el cambio de los movimientos sociales. A continuación, esta discusión es profundizada al agregar una segunda perspectiva, la de la naturaleza específicamente social de los movimientos sociales.

a) Conectando identidad y estrategia: la necesidad y los riesgos de la acción estratégica

Las limitaciones de los enfoques teóricos parciales que destacan, por un lado, la

constitución estructural de la identidad de un movimiento social y, por otra parte, la posibilidad de acción su estratégica, aparecen cuando nos aproximamos a los movimientos sociales en términos de lo que es probablemente su característica definitoria más ampliamente aceptada, es decir, que son un tipo de acción colectiva orientada hacia el cambio (Melucci, 1989:29; Tarrow, 1994:3-4). Esta orientación hacia el cambio obliga a los fundadores u organizadores a actuar, por un lado, como actores estratégicos. Es decir, en su relación con el medio circundante político, deben orientarse hacia fines o metas y considerar las consecuencias de sus acciones. Deben encarnar, para usar la terminología de Max Weber, una "ética de responsabilidad" (Weber, 1946:120). Pero, por otra parte, la orientación hacia el cambio de un movimiento social sólo puede realizarse si afirma y mantiene la naturaleza no negociable de su identidad y si se rehúsa a actuar puramente como un actor estratégico. Por lo tanto, el análisis de la orientación hacia el cambio de un movimiento social no puede llevarse a cabo ni en términos de su habilidad para realizar una acción estratégica, algo que la bibliografía estadounidense tiende a hacer, ni en términos de la identidad con la cual un movimiento social surge, como la bibliografía europea tiende a hacer, sino sólo en términos de la interacción entre estas dos dimensiones.

Al elaborar esta interacción entre identidad y estrategia, el problema de la estrategia política puede ser formulado, inicialmente, de la forma siguiente. Si los movimientos sociales no tienen que llevar a cabo una acción estratégica, pues de esta forma manifiestan su orientación hacia el cambio, la práctica de la acción estratégica introduce una tensión fundamental entre su identidad y su dimensión estratégica que, de acuerdo a como se maneje, posibilita o impide el desarrollo pleno de un movimiento social.

El resultado es negativo cuando la conexión entre la identidad y la estrategia se rompe. Esto puede ocurrir, por un lado, cuando las consideraciones estratégicas sobrepasan y pervierten la identidad del movimiento social. Ésta es una de las variantes de riesgo que Roberto Unger llama "el problema demoníaco de la política: la tendencia de los medios a crear sus propios fines, o la dificultad de realizar [...] objetivos escogidos por medios que generan resultados [indeseables]" (Unger, 1987:396). En esta situación puede decirse que el movimiento social fracasa porque, al entrar en contacto con su medio circundante político, en vez de transformarlo es transformado por él. La visión de cambio, la identidad no negociable del movimiento social, se pierde, ya que éste se torna parte del sistema al que originalmente quería transformar y deja así de encarnar la promesa de una nueva forma de hacer política.

La conexión entre la identidad de un movimiento social y su estrategia puede romperse, por otra parte, cuando las consideraciones estratégicas son desatendidas en nombre de la identidad del movimiento. En esta situación, el movimiento social reacciona a la tendencia de que cuestiones estratégicas dominen a expensas de la visión que lo encarna, desatendiendo la acción estratégica y refugiándose en la actividad puramente expresiva de su identidad. El desafío de entrar en contacto con el medio circundante político y la necesidad de desarrollar su orienta-

ción hacia el cambio son simplemente ignorados. En ambas situaciones, entonces, aunque por distintas razones, el problema de la estrategia política es desatendido, y la búsqueda de medios adecuados para alcanzar los objetivos del movimiento es abandonada. Incapaz de llevar a cabo su orientación hacia el cambio, el desarrollo pleno del movimiento social es impedido.

El manejo exitoso del problema de la estrategia política depende, pues, de la habilidad de los organizadores de un movimiento social para confrontar el peligroso problema de los medios y los fines al llevar a cabo acciones estratégicas, de tal manera que los medios escogidos sean consistentes con la identidad y las metas del movimiento. El desafío es mantener un cuidadoso equilibrio entre la necesidad de afirmar aquellos objetivos no negociables que hacen que las demandas de cambio se transformen en conflictos sobre objetivos y que eliminan la posibilidad de una acción puramente instrumental, con la igualmente apremiante necesidad de llevar a cabo una acción instrumental y actuar como un actor estratégico, de acuerdo con una racionalidad instrumental. La orientación hacia el cambio sólo puede ser realizada, en fin, mediante la adaptación entre la identidad del movimiento, y una estrategia apropiada. Lo que distingue a un movimiento social, a fin de cuentas, es que promueve una lucha sobre cuestiones de principios de tal manera que su acción estratégica está siempre subsumida debajo de su identidad o, en otras palabras, lo que mantiene una relación “consistente” entre su identidad y su dimensión estratégica.

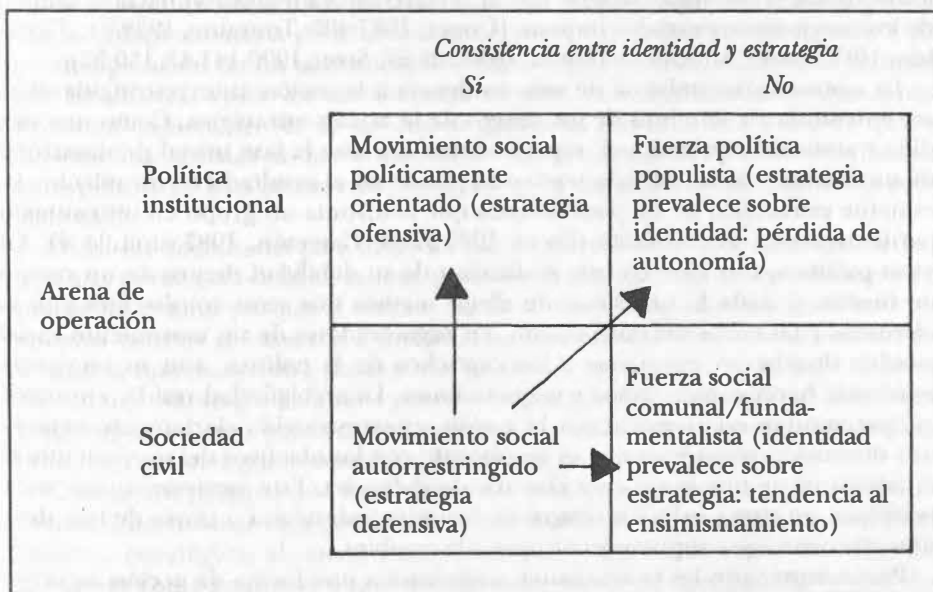
Para abordar el problema de la estrategia política, entonces, es necesario evitar un enfoque que destaque o bien la dimensión de identidad o bien la dimensión estratégica, y considere, en cambio, la interacción entre estas dos dimensiones. Como esta discusión muestra, la interacción entre estas dos dimensiones es necesariamente complicada y es probable que sea siempre un tanto tensa. Pero lo que distingue a un movimiento social es que esta tensión nunca lleva, ni a una acción motivada puramente por razones estratégicas, una tendencia difícil de descubrir con base en la noción de actores estratégicos que propone la escuela estadounidense de “movilización de recursos”, ni a una actividad puramente expresiva de su identidad, una tendencia que es difícil de conceptualizar con base en un enfoque que estudie exclusivamente la formación de identidades colectivas. El problema de la estrategia política de los movimientos sociales, pues, debe ser abordado en términos que trasciendan un debate centrado en la contraposición de las nociones de identidad y estrategia.

b) Conectando lo social y lo político: la ambigüedad de la acción autorestringida

Si el problema político-estratégico que deben confrontar los movimientos sociales a raíz de su orientación hacia el cambio puede ser analizado genéricamente en los términos recién expuestos, es necesario también aprehender los aspectos singulares de la interacción estratégica de un movimiento social con la arena político-institucional, en tanto que los movimientos sociales son constituidos y

permanecen arraigados en la sociedad civil. En verdad, es sólo a través de la consideración conjunta de los aspectos genéricos y los aspectos más singulares de este desafío político-estratégico que el significado completo del problema de la estrategia política puede ser apreciado. La manera en que un movimiento social encara el desafío asociado a su orientación hacia el cambio puede ser discutido, pues, en términos de las cuatro amplias opciones que resultan de la combinación de dos factores: la consistencia de la relación entre la identidad y la dimensión estratégica de un movimiento social, y la arena social o política en la cual opera (véase el siguiente diagrama):

EL PROBLEMA DE LA ESTRATEGIA POLÍTICA: CUATRO OPCIONES AMPLIAS



De estas cuatro opciones, como muchos autores han señalado, típicamente los movimientos sociales eligen una forma de acción autorrestringida (*self-limiting*). El argumento es bastante conocido. Como surgen a través de experimentos sociales de pequeña escala, los movimientos sociales desarrollan una tendencia antipolítica, que contrapone su propio acento en sus acciones de base a los proyectos globales elaborados “desde arriba”, tales como las transformaciones promovidas por el Estado de acuerdo con el modelo leninista. Buscan el cambio, pues, en el mundo de la sociedad civil a través de una política de la identidad, y no entran necesariamente en contacto con la arena político-institucional ni aplican una estrategia política. En otras palabras, los movimientos sociales mantienen una rela-

ción consistente entre su identidad y su dimensión estratégica mediante una decisión que los lleva a restringir su arena de operación a la sociedad civil.

Aunque esta tendencia a la acción autorrestringida ha sido destacada correctamente como un patrón común, es importante señalar también que tiene una connotación ambigua en vista del problema político-estratégico que los movimientos sociales deben encarar. Es decir, aunque es correcto ver a los movimientos sociales como constituidos y en acción “dentro” de la sociedad civil, en tanto que son actores estratégicos deben también actuar “desde” ésta, representando sus intereses constituidos en la arena político-institucional. Por lo tanto, aunque los movimientos sociales se encuentren “en casa” cuando operan en la arena social, el rechazo de la arena político-institucional y de los problemas político-estratégicos asociados con ella puede ser visto como un fracaso parcial, que refleja la negativa a confrontar el inevitable desafío que la característica orientación hacia el cambio de los movimientos sociales impone (Unger, 1987:405; Touraine, 1988:81; Garretón, 1987:184-85; Kuechler y Dalton, 1990:286-87; Scott, 1990:141-43, 150-52).

La connotación ambigua de esta tendencia a la acción autorrestringida debe ser entendida en términos de los riesgos de la acción estratégica. Como una medida transitoria o provisional, especialmente durante la fase inicial de desarrollo de un movimiento social, esta tendencia puede ser el resultado de un cálculo claramente estratégico de las posibilidades que confronta un grupo en un contexto particularmente desfavorable (Evers, 1985:52-54; Garretón, 1987:capítulo 4). En otras palabras, con base en una evaluación de su debilidad dentro de un campo de fuerzas, y dada la necesidad de elegir medios que sean consistentes con la identidad y las metas del movimiento, los organizadores de un movimiento social pueden decidir no exponerse a los caprichos de la política, con su tendencia inherente hacia compromisos y negociaciones. La ambigüedad reside, entonces, en que aunque esta tendencia a la acción autorrestringida ciertamente expresa una dimensión estratégica que es consistente con los objetivos del movimiento, la estrategia es de una naturaleza claramente defensiva. Este *movimiento social autorrestringido*, en suma, evita los riesgos de la acción estratégica a través de una decisión que restringe y suprime su promesa de cambios.

Para romper con las restricciones inherentes a una forma de acción autorrestringida y para desplegar su potencial pleno, un movimiento social debe desarrollarse como una fuerza capaz de desafiar el orden establecido por las instituciones políticas. Esto requiere una transición de una estrategia defensiva a una estrategia ofensiva, una transición que transforme al movimiento social en un *movimiento social políticamente orientado*. En este caso, el movimiento social realiza su orientación hacia el cambio traduciendo su energía en fuerza política o, como escribe Claus Offe, “convirtiendo la movilización social en poder político” (Offe, 1991:883), sin transformarse a través de tal acción en una fuerza enteramente definida por su acción política. Así, el movimiento social mantiene una conexión consistente entre medios y fines o estrategia e identidad, pero en vez de restringir su operación a la arena de la sociedad civil, como cuando adopta una forma de acción autorrestringida, actúa tanto “dentro” como “desde” la sociedad civil donde nació.

Si la posibilidad de realizar la orientación hacia el cambio de un movimiento social constituye el atractivo de tales incursiones en la arena político-institucional, las dificultades para llevar a cabo la transición de una estrategia defensiva a una estrategia ofensiva son, sin embargo, bastante serias. Esto puede ser visto en la relación espinosa que establecen los movimientos sociales, al tratar de proyectarse desde la arena de la sociedad civil, con los partidos políticos. La conexión entre los movimientos sociales y los partidos, como organizaciones orientadas hacia la articulación de proyectos globales, aporta generalmente el filtro necesario entre los movimientos sociales y el Estado. En particular, este tipo de alianzas permite evitar los considerables riesgos estratégicos que surgen cuando “se enfocan directamente al Estado”.¹³ La promesa de una relación mutuamente beneficiosa entre los movimientos sociales y los partidos se ve obstaculizada por las diferencias entre éstos y los partidos, que son importantes. Debido a la parcialmente complementaria pero también parcialmente contradictoria agenda y forma de operación de los movimientos sociales y los partidos políticos, es probable que las alianzas entre los movimientos sociales y los partidos sean algo tensas. Pero esta tensión, en vez de ser algo negativo, es más bien una señal de que los movimientos sociales no han sucumbido a las presiones de los líderes de los partidos políticos y han conservado, en cambio, su autonomía y arraigo en la sociedad civil.

Dadas las dificultades para llevar a cabo la transición de una estrategia defensiva a una estrategia ofensiva, es muy probable que el intento de embarcarse en tal transición resulte porque al confrontar la arena político-institucional, los movimientos sociales se exponen a dos tendencias contrapuestas, que amenazan con socavar el tipo de acción colectiva que les es característica. Si la decisión de ir más allá de una estrategia defensiva puede transformar a un movimiento social auto-restringido en uno políticamente orientado, se presentan a sus organizadores otras dos opciones que contradicen la orientación hacia el cambio.

Uno de los peligros que confrontan con más frecuencia al entrar en la arena político-institucional es la pérdida de la autonomía. En este escenario, las consideraciones estratégicas abruman y empiezan a dominar las acciones del movimiento, dando como resultado que el movimiento social sea cooptado “desde arriba”, y se convierta en una *fuerza política populista*. Aunque puede que haya continuidad en el componente organizacional, el movimiento social como tal deja de existir. En vez de ser un movimiento constituido en la sociedad civil y que se proyecta políticamente (Touraine, 1977:367), se transforma en un grupo cuya identidad se define en relación con el Estado o un partido político. En vez de ser un movi-

¹³ En ciertos casos, un movimiento social puede ser efectivo cuando lleva sus demandas directamente al Estado, particularmente cuando encuentra aliados entre ciertos sectores de la burocracia estatal (Unger, 1987:410-411). Sin embargo, al intentar reforzar sus acciones de base con iniciativas “desde arriba”, una estrategia más prudente de parte de los movimientos sociales es buscar aliados no-estatales como parte de una estrategia de acumulación de fuerzas. La magnitud del desafío que confrontan los movimientos sociales al ir directamente al Estado, y los riesgos de la cooptación, son puntos empíricamente bien sustentados.

miento orientado hacia el cambio, se convierte en un actor incorporado dentro de un sistema político-institucional, en una relación dependiente que pierde la capacidad de promover una lucha sobre cuestiones de principios.

El fracaso por la pérdida de autonomía no es la única forma en que un movimiento social puede perder su capacidad de producir un cambio. Como una reacción a la tentación y el riesgo del populismo, se presenta otra opción, igualmente peligrosa a sus organizadores. En este caso, se privilegian objetivos no negociables en detrimento de toda consideración estratégica, y se lleva a cabo una acción colectiva basada en una política pura de identidad, o lo que Weber llama una "ética de fines últimos" (Weber, 1946:120), dirigida a la protección de la identidad de un grupo frente a la posible intrusión de personas ajenas. Esta opción, pues, genera una tendencia por la cual un movimiento social se vuelca sobre sí mismo, transformándose en una *fuerza social comunal o fundamentalista*, como una reacción a los riesgos asociados con la incorporación populista dentro de un sistema político-institucional, pero conduce al mismo resultado: el fracaso de un movimiento social.

IV. CONCLUSIÓN: LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y LA TEORÍA DEMOCRÁTICA

Después de examinar la bibliografía sobre los movimientos sociales, una teoría abarcadora de éstos puede considerarse como algo que consiste de tres bloques fundacionales, que giran en torno de los distintos desafíos analíticos que suscitan los problemas de la formación de actores, la coordinación social y la estrategia política. El análisis de los movimientos sociales empieza con el problema de la formación de actores; la emergencia de los fundadores u organizadores de un movimiento social es un requisito que debe cumplirse antes de que los otros dos problemas puedan ser abordados. Pero la emergencia de estos fundadores no asegura por sí sola el pleno desarrollo de un movimiento social. Por un lado, si éste va a estar constituido como una masa descentralizada o grupo de personas organizado de una manera no jerárquica, sus fundadores deben resolver el problema de la coordinación social. Por otra parte, si un movimiento social va a tener una orientación hacia el cambio, sus fundadores deben resolver el problema de la estrategia política. En verdad, un movimiento social se desarrolla plenamente sólo cuando estos tres problemas se resuelven exitosamente.

Las contribuciones de autores estadounidenses y europeos han iluminado nuestra comprensión de los problemas de la formación de actores y la coordinación social, pero no se han ocupado mucho de la estrategia política. Este artículo ha tratado de esbozar un análisis que llene este vacío. Aunque un movimiento social debe entrar en contacto con instituciones políticas, si tiene una orientación hacia el cambio, las dificultades para realizar la transición de una estrategia defensiva a una estrategia ofensiva amenazan con socavar esta orientación. Al intentar hacer política, un movimiento social siempre se expone a tendencias amenazantes. Por

un lado, las consideraciones estratégicas pueden conducir a la inversión de la relación entre medios y fines, y a la pérdida de capacidad transformadora. Por otra parte, como reacción a los riesgos del populismo, una tendencia contraria puede llevar a un movimiento a volcarse sobre sí mismo y a manifestar una acción puramente expresiva.

Esta comprensión de los movimientos sociales tiene importantes implicaciones desde el punto de vista de la teoría democrática. Gran parte del debate sobre la conexión entre los movimientos sociales y la democracia ha sido enfocado a la contribución de éstos en la democratización de la sociedad civil, una contribución que les es ciertamente característica pero que adopta implícitamente una actitud defensiva, ve a la sociedad civil como un baluarte contra el poder del Estado y no agota las posibilidades de los movimientos sociales. Esta actitud defensiva puede ser adecuada durante la fase inicial de desarrollo de un movimiento social, cuando actúa de una forma autorrestringida con base en una evaluación estratégica y en un contexto particularmente desfavorable. Pero al proyectarse “desde” la arena de la sociedad civil podemos hablar de un segundo tipo de contribución que los movimientos sociales hacen a la democracia, una contribución directa a la democracia política.

A pesar de la tendencia común a verlos como formas de acción autorrestringidas y antipolíticas, los movimientos sociales se exponen a un grave peligro si consideran la política como algo distante, corrupto, o solamente para las élites. Porque la política tiene que ver con el poder, y si, como escribe Anthony Giddens, el Estado nacional es el “recipiente” de poder más importante en la época moderna, los movimientos sociales están obligados a considerar las implicaciones de este poder estatal (Giddens, 1987:17-34); necesitan un “momento político”. Por lo tanto, no sólo contribuyen a la democracia por medio de sus acciones “dentro” de la sociedad civil, a través de la democratización de relaciones en la sociedad civil, sino que existe una conexión entre los movimientos sociales y la democracia como una forma explícitamente política.

Esta conexión es muy importante, desde el punto de vista de la teoría democrática, pues demuestra que no es suficiente entender el funcionamiento de la democracia a través del estudio exclusivo de las instituciones políticas. Aporta una invitación a repensar tanto las contribuciones a la teoría democrática con base en el estudio de las élites y las instituciones políticas, como los partidos, las elecciones y las estructuras constitucionales, a la luz de la teoría de los movimientos sociales. Aporta una invitación, en fin, a estudiar en una forma más integrada los diversos fenómenos que definen los contornos de nuestro mundo contemporáneo.

BIBLIOGRAFÍA

- Alberoni, Francesco, 1991, *Génesis*, Rocco, Río de Janeiro.
- Berger, Johannes y Claus Offe, 1982, "Functionalism vs. Rational Choice: Some Questions Concerning the Rationality of Choosing One or the Other", *Theory and Society*, vol. 11, núm. 2, pp. 521-526.
- Birnbaum, Pierre, 1988, *States and Collective Action: The European Experience*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Castells, Manuel, 1977, *The Urban Question. A Marxist Approach*, Edward Arnold, Londres.
- Castells, Manuel, 1978, *City, Class and Power*, MacMillan, Londres.
- Cohen, Jean L., 1982, *Class and Civil Society*, University of Massachusetts Press, Amherst, Massachusetts.
- Cohen, Jean L., 1985, "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", *Social Research*, vol. 52, núm. 4, pp. 663-716.
- Dalton, Russell J. y Manfred Kuechler (comps.), 1990, *Challenging the Political Order. New Social and Political Movements in Western Democracies*, Oxford University Press, Nueva York.
- Eder, Klaus, 1993, *The New Politics of Class. Social Movements and Cultural Dynamics in Advanced Societies*, Sage Publications, Thousand Oaks, California.
- Elster, Jon, 1982, "Marxism, Functionalism, and Game Theory, the Case for Methodological Individualism", *Theory and Society*, vol. 11, núm. 2, pp. 453-482.
- Elster, Jon, 1989, *The Cement of Society*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Evers, Tilman, 1985, "Identity: The Hidden Side of New Social Movements in Latin America", en David Slater (comp.), *New Social Movements and the State in Latin America*, CEDLA, Amsterdam, pp. 43-71.
- Garretón, Manuel Antonio, 1987, *Reconstruir la política. Transición y consolidación en Chile*, Editorial Andante, Santiago de Chile.
- Giddens, Anthony, 1987, *The Nation State and Violence*, University of California Press, Berkeley, California.
- Klandermans, Bert y Sidney Tarrow, 1988, "Mobilization into Social Movements: Synthesizing European and American Approaches", en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow (comps.), *International Social Movement Research*, vol. 1, JAI Press, Greenwich, Connecticut, pp. 1-38.
- Kuechler, Manfred y Russell J. Dalton, 1990, "New Social Movements and the Political Order: Inducing Change for Long-term Stability?", en Russell J. Dalton y Manfred Kuechler (comps.), *Challenging the Political Order. New Social and Political*

- cal Movements in Western Democracies*, Oxford University Press, Nueva York, pp. 277-324.
- McAdam, Doug, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, 1988, "Social Movements", en Neil Smelser (comp.), *Handbook of Sociology*, Sage Publications, Beverly Hills, California, pp. 695-737.
- Melucci, Alberto, 1988, "Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements", en Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow (comps.), *International Social Movement Research*, vol. 1, JAI Press, Greenwich, Connecticut, pp. 329-348.
- Melucci, Alberto, 1989, *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Temple University Press, Filadelfia.
- Oberschall, Anthony, 1973, *Social Conflict and Social Movements*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey.
- Offe, Claus, 1985, "New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics", *Social Research*, vol. 52, núm. 4, pp. 817-868.
- Offe, Claus, 1987, "Changing Boundaries of Institutional Politics: Social Movements since the 1960s", en Charles S. Maier (comp.), *Changing Boundaries of the Political*, Cambridge University Press, Nueva York, pp. 63-106.
- Offe, Claus, 1991, "Capitalism by Democratic Design? Democratic Theory Facing the Triple Transition in East Central Europe", *Social Research*, vol. 58, núm. 4, pp. 865-892.
- Olson, Mancur, 1965, *The Logic of Collective Action*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
- Pizzorno, Alessandro, 1985, "On the Rationality of Democratic Choice", *Telos*, núm. 63, pp. 41-69.
- Rucht, Dieter (comp.), 1991, *Research on Social Movements: The State of the Art in Western Europe and the USA*, Westview Press, Boulder, Colorado.
- Scott, Alan, 1990, *Ideology and Social Movements*, Unwin Hyman, Londres.
- Steinmetz, George, 1994, "Regulation Theory, Post-Marxism, and the New Social Movements", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 36, núm. 1, pp. 176-212.
- Tarrow, Sidney, 1988, "National Politics and Collective Action: Recent Theory and Research in Western Europe and the United States", *Annual Review of Sociology*, vol. 14, pp. 421-440.
- Tarrow, Sidney, 1989, "Struggle, Politics, and Reform: Collective Action, Social Movements, and Cycles of Protest", Western Society Program, mimeo., núm. 21, Center for International Studies, Cornell University, Ithaca, Nueva York.

- Tarrow, Sidney, 1991, "Comparing Social Movement Participation in Western Europe and the United States: Problems, Uses, and a Proposal for Synthesis", en Dieter Rucht (comp.), *Research on Social Movements: The State of the Art in Western Europe and the USA*, Westview Press, Boulder, Colorado, pp. 392-420.
- Tarrow, Sidney, 1994, *Power in Movement: Social Movements, Collective Action and Politics*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Tilly, Charles, 1978, *From Mobilization to Revolution*, Addison Wesley, Reading, Massachusetts.
- Touraine, Alain, 1977, *The Self-Reproduction of Society*, University of Chicago Press, Chicago.
- Touraine, Alain, 1988, *The Return of the Actor. Social Theory in Postindustrial Society*, University of Minnesota Press, Minneapolis, Minnesota.
- Unger, Roberto M., 1987, *False Necessity. Anti-Necessitarian Social Theory in the Service of Radical Democracy*, Cambridge University Press, Nueva York.
- Weber, Max, 1946, "Politics as a Vocation", en H. H. Gerth y C. Wright Mills (comps.), *From Max Weber: Essays in Sociology*, Oxford University Press, Nueva York, pp. 77-128.
- Zald, Mayer N. y John D. McCarthy (comps.), 1979, *The Dynamics of Social Movements*, Winthrop, Cambridge, Massachusetts.
- Zald, Mayer N. y John D. McCarthy (comps.), 1987, *Social Movements in an Organizational Society*, Transaction Books, New Brunswick, Nueva Jersey.